

MISTERIOS GLORIOSOS (Miércoles y Domingo)

1. La Resurrección del Señor

Jn 20, 1-18; Mc 16, 1-8; Mt 28, 1-8; Lc 24, 1-11

La resurrección de Cristo es el mensaje central de la predicación cristiana. *Si Cristo no hubiese resucitado, vana es nuestra fe*, afirma san Pablo (1 Cor 15, 14). Se trata de una realidad que trasciende el orden de lo creado y que apunta hacia una singular y definitiva intervención de Dios en la historia humana. La resurrección de Cristo es la fuente de nuestra esperanza, de la fe y de la caridad cristiana.

Pidamos a María por todos los hombres, para que encontremos en la resurrección de Cristo un motivo para la fe, la esperanza y la caridad.

2. La Ascensión del Señor a los cielos

Mc 16, 19; Lc 24, 50-53; Hch 1, 9-14

Jesús retorna al cielo, junto al Padre, llevando consigo la carne de su humanidad, de nuestra humanidad. De esta manera, la historia de los hombres pasa a formar parte del misterio de Dios. Dios ha querido hacernos santos, nos ha llamado a la santidad, porque Él es santo.

Pidamos a María por todos los bautizados, para que respondan con fidelidad, cada uno desde su vocación específica y forma de vida, a la común llamada a la santidad que Dios ha querido hacer a todos los hombres.

3. La Venida del Espíritu Santo en Pentecostés

Hch 2, 1-13

Tras la Ascensión de Jesús, es el Espíritu el que permanece en la Iglesia, el que anima su actividad y la hace extender el evangelio, la buena noticia de la salvación, a todos los hombres.

Pidamos a María por el Papa, los obispos y los sacerdotes para que, escuchando la voz del Espíritu, guíen a la Iglesia en la realización de su misión y hagan presente a Cristo entre los hombres. Pidámosle también que conceda abundantes vocaciones sacerdotales a su Iglesia.

4. La Asunción de la Virgen María en cuerpo y alma a los cielos

María es llevada en cuerpo y alma a los cielos. La que ha sido elegida para ser madre de nuestro Salvador es acogida en el seno del misterio de Dios, mostrándonos así el destino al que la humanidad entera es invitada. María, que respondió afirmativamente a la misión que el Padre quiso encomendarle, es modelo y maestra de toda vocación.

Pidamos a María por las madres, para que vivan su maternidad como un don de Dios y como una particular vocación, educando integralmente a sus hijos y forjando en sus hogares nuevos cristianos comprometidos con la causa del evangelio.

5. La Coronación de la Virgen Santísima como Reina de Cielos y Tierra

María, madre y modelo de la Iglesia, es la primera creyente, la Madre de Dios, la que habita ya en el seno del misterio trinitario. Toda vocación y toda forma de vida en la Iglesia encuentra un modelo fidedigno y una permanente intercesora en la figura de María.

Pidamos a María que proteja y cuide a todas las vocaciones, especialmente a los sacerdotes. Que por su intercesión, sean fieles al don de la vocación recibida y emprendan con generosidad su misión.

LETANÍAS LAURETANAS

Señor, ten piedad. *R*

Cristo, ten piedad. *R*

Señor, ten piedad. *R*

V. Dios Padre celestial

R/ Ten misericordia de nosotros

V. Dios Hijo, Redentor del mundo

R/ Ten misericordia de nosotros

V. Dios Espíritu Santo

R/ Ten misericordia de nosotros

V. Trinidad Santa, un solo Dios

R/ Ten misericordia de nosotros

Santa María,

Ruega por nosotros

Santa Madre de Dios

Santa Virgen de las Vírgenes

Madre de Cristo

Madre de la Iglesia

Madre de la divina gracia

Madre purísima

Madre castísima

Madre virginal

Madre sin mancha

Madre inmaculada

Madre amable

Madre admirable

Madre del buen consejo

Madre del Creador

Madre del Salvador

Virgen prudentísima

Virgen digna de veneración

Virgen digna de alabanza

Virgen poderosa

Virgen fiel

Espejo de justicia

Trono de la sabiduría

Causa de nuestra alegría

Vaso espiritual

Vaso digno de honor

Vaso insigne de devoción

Modelo de entrega a Dios

Rosa mística

Torre de David

Torre de marfil

Casa de oro

Arca de la Alianza

Puerta del Cielo

Estrella de la mañana

Salud de los enfermos

Refugio de los pecadores

Consuelo de los afligidos

Auxilio de los cristianos

Reina de los Ángeles

Reina de los Patriarcas

Reina de los Profetas

Reina de los Apóstoles

Reina de los Mártires

Reina de los Confesores

Reina de las Vírgenes

Reina de todos los Santos

Reina concebida sin pecado original

Reina elevada al cielo

Reina del santo Rosario

Reina de la familia

Reina de la paz

V. Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo,

R/ Perdónanos, Señor

V. Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo,

R/ Escúchanos, Señor

V. Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo,

R/ Ten piedad de nosotros

V. Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios

R/ Para que seamos dignos de las promesas de nuestro Señor Jesucristo.

DÍA DEL SEMINARIO 2009

APÓSTOL POR GRACIA DE DIOS



Rosario Vocacional

MISTERIOS GOZOSOS (Lunes y Sábado)

1. La Encarnación del Hijo de Dios

Lc 1, 26-38

De igual forma que Dios irrumpe en la vida de María a través de la mediación del ángel Gabriel para manifestarle la vocación a la que ha sido llamada, a nosotros nos sigue llamando para encomendarnos una misión en el seno de la Iglesia y en el mundo a través de múltiples mediaciones. Hemos de permanecer atentos para descubrir la llamada que Dios nos hace a servirle de diferentes modos en el fragor del día a día.

Pidamos a María por todos aquellos que están discerniendo su vocación, aquellos que se preguntan por la voluntad del Padre para sus vidas, para que estén atentos a las mediaciones que Dios pone en su camino en orden a descubrir su vocación.

2. La visitación de María a su prima santa Isabel

Lc 1, 39-56

En el silencio del camino hacia la casa de su prima Isabel, María medita sobre el don recibido. En la ayuda prestada a su prima, en el servicio desinteresado a quien lo necesita, se fragua el sentido de toda vocación. La llamada se traduce siempre en actitudes y gestos de amor y servicio hacia los demás, especialmente los que más lo necesitan.

Pidamos a María por los que viven su vocación desgastando su vida en beneficio de los demás. Pidamos especialmente por los laicos que, a través de sus ocupaciones ordinarias, de las distintas profesiones que ejercen y de las formas de vida que adoptan, prolongan la obra de la creación y de la redención en medio del mundo.

3. El Nacimiento de Jesús

Mt 1, 18-25; Lc 2, 1-7

En el misterio de Belén, en la desnudez y la humildad del portal, se hacen presentes la gracia y la misericordia de Dios como un don para toda la humanidad. Ante semejante gesto de amor, sólo cabe el silencio de María y José y el reconocimiento de la grandeza de Dios por parte de los pastores que vienen a adorar al niño recién nacido.

Pidamos a María por la Iglesia, para que sea fiel a su vocación de transmitir esta buena noticia de salvación –la noticia de que Dios se ha hecho hombre para salvarnos, por pura gracia, por puro amor– a todos los hombres.

4. La Presentación del Niño Jesús en el Templo

Lc 2, 22-40

José y María, fieles a la tradición judía de presentar al primogénito varón a Dios, acuden al templo a realizar su ofrenda. De esta manera, nos enseñan una actitud cristiana fundamental: la de presentar y ofrecer continuamente la propia vida, con sus aspiraciones e ilusiones, sus gozos y preocupaciones, a Dios, nuestro Padre, fuente y origen de la propia existencia.

Pidamos a María por los consagrados y consagradas que se esfuerzan constantemente por presentar su propia vida a Dios, por ofrecerse en constante oblación al Padre y a los hermanos; para que sean testimonio de esta actitud cristiana del ofrecimiento existencial ante todos los hombres.

5. El Niño Jesús perdido y hallado en el templo

Lc 2, 41-52

El gesto de Jesús está cargado de una fuerte connotación simbólica: en medio de los maestros y doctores de la Ley, comienza a explicarles las Escrituras, en el templo, el lugar de la presencia de Dios. Los sacerdotes también han de escudriñar la Palabra de Dios para ofrecernos una palabra actual y relevante que oriente nuestra vida cristiana a través de la predicación y la guía de la comunidad eclesial.

Pidamos a María por los sacerdotes para que, atentos a la Palabra, sepan transmitir a todos los fieles la buena noticia de la salvación. Pidámosle a nuestra madre, a María, que los proteja y les haga perseverar con fidelidad en el don de la vocación recibida.

MISTERIOS LUMINOSOS (Jueves)

1. Su bautismo en el Jordán

Mc 1, 9-11; Mt 3, 13-17; Lc 3, 21-22

Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco (Mc 1, 11b). Estas palabras que se oyen desde los cielos refiriéndose a Jesús en el momento del bautismo en el Jordán, nos son repetidas a cada bautizado desde el mismo momento en que, por el bautizo cristiano, pasamos a formar parte de la Iglesia, de la comunidad de los hijos de Dios. Por el bautismo somos llamados a la santidad, a formar parte del misterio de amor que es Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Pidamos a María por todos los bautizados para que, fieles a la llamada a la santidad suscitada en su bautismo, traduzcamos la santidad de la que ya participamos en gestos concretos de caridad y fraternidad.

2. La revelación de Jesús en las bodas de Caná

Jn 2, 1-11

En el milagro de las bodas de Caná, Jesús se muestra a sí mismo como una fuente permanente de paz y vida. Jesús es el único que sacia nuestra sed de alegría y felicidad, que nos da a beber “vino nuevo”. En este gesto, Jesús anticipa la entrega de su cuerpo y de su sangre, entrega que conmemoramos en cada Eucaristía.

Pidamos a María por los matrimonios para que, al simbolizar la íntima unión existente entre Cristo y su Iglesia, perseveren en su compromiso de unidad y constituyan en sus hogares auténticas iglesias domésticas.

3. El anuncio del Reino de Dios, invitación a la conversión

Mc 1, 15

En su peregrinar por las aldeas de Galilea, al curar a los enfermos y expulsar a los demonios, Jesús proclama la llegada del Reino de Dios. Para acogerlo, es preciso convertirse, dejarse transformar el corazón por Dios, trastocar nuestra escala de valores. Nuestra vocación cristiana conlleva una apertura fundamental a la conversión, a dejar que los valores del Reino de Dios aniden en nuestro corazón.

Pidamos a María por los laicos para que, en el ejercicio de sus tareas ordinarias, se empeñen por hacer visible el Reino de Dios entre los hombres y construyan una sociedad cada vez más acorde con sus valores.

4. La Transfiguración del Señor

Mt 17, 1-9; Mc 9, 2-13; Lc 9, 28-36

Este es mi Hijo amado, en quien me complazco, escuchadlo. En medio de la actividad apostólica, Jesús muestra a sus discípulos más cercanos su identidad más profunda: su condición de Hijo de Dios. Conocer a Cristo es un don, una experiencia de gracia cuya iniciativa radica en el ser divino y que no puede ser forzada por la voluntad humana.

Pidamos a María por los religiosos para que sean testimonio de lo absoluto de Dios entre los cristianos y la humanidad entera; para que sus vidas sean signo elocuente de que Dios es el bien máximo y supremo al que puede aspirar el corazón humano.

5. La institución de la Eucaristía

Lc 22, 14-22; 1 Cor 11, 24-25; Mt 26, 26-30; Mc 14, 22-25

Cada vez que celebramos la Eucaristía, actualizamos la salvación querida por el Padre y llevada a cabo por Cristo en el misterio pascual. Él mismo nos mandó *celebrar este misterio*. Ante el misterio sólo caben la veneración y la participación gozosa, conscientes de que en él radican la fuente y el sentido de nuestra existencia.

Pidamos a María por los sacerdotes, para que al presidir la celebración de la Eucaristía representando a Cristo y a su Iglesia, encuentren en ella el fundamento de su ministerio y vivan su vocación con un profundo sentido eucarístico.

MISTERIOS DOLOROSOS (Martes y Viernes)

1. La agonía en el huerto

Mc 14, 32-42; Mt 26, 36-46; Lc 22, 39-46

A pesar de la angustia y la tristeza, Jesús persevera en la oración confiada al Padre, mostrándonos en un momento tan singular la esencia de la oración cristiana: ponerse en manos del Padre para cumplir su voluntad. Responder a la llamada que Dios nos hace a cada uno de nosotros conlleva una gran dosis de confianza en Aquél que nos llama.

Pidamos a María por todos nosotros, para que se nos conceda el don de la oración, del encuentro confiado con Él, y podamos responder así a la llamada particular que Él nos hace.

2. La flagelación de nuestro Señor Jesucristo

Mc 15, 15

La fidelidad a la misión encomendada conlleva en ocasiones la incomprensión y el sufrimiento injusto. La perplejidad que nos suscita la injusticia cometida contra Jesús se acrecienta al contemplar los atropellos de los que a lo largo de la historia han sido víctimas tantos hombres y mujeres. En nuestros días, la injusticia y el sufrimiento siguen haciendo acto de presencia en la tierra.

Pidamos a María por los laicos, para que, siendo fieles a su vocación específica, sepan dar una respuesta a la injusticia y el sufrimiento humano que acampa en nuestro mundo, mostrando así a los hombres el corazón misericordioso y compasivo del Padre.

3. La coronación de espinas

Mc 15, 16-20; Mt 27, 27-31; Lc 23, 11; Jn 19, 2-3

Entre bufas y burlas se revela paradójicamente la identidad de Cristo: Él es rey de los judíos, porque es la Palabra encarnada, el centro y origen de la historia. La realeza de Cristo no se manifiesta en el poder y la opresión, sino en el servicio humilde y compasivo.

Pidamos a María por el Papa, los obispos y los sacerdotes, para que guíen a la comunidad cristiana con humildad y espíritu de servicio y, de este modo, velen por la vocación de cada uno de los bautizados.

4. Jesús con la cruz a cuestas, camino al Calvario

Mc 15, 21-24; Mt 27, 32-38; Lc 23, 26-34; Jn 19, 17-24

En el camino hacia el Calvario, Jesús contempla el mal y el sufrimiento presente en la historia de la humanidad desde su existencia sufriende para asumirlo y redimirlo en el sacrificio de la cruz.

Pidamos a María por los que desgastan su vida en tierras de misión, sean sacerdotes, religiosos o laicos, para que anuncien sin cesar la buena noticia de la salvación que Jesús nos ha traído y derriben, al proclamar el evangelio, los muros de la injusticia y la opresión.

5. La crucifixión y muerte de nuestro Señor

Mc 15, 33-41; Mt 27, 45-56; Lc 23, 44-49; Jn 19, 28-30

Ante el misterio de la cruz, sólo queda el silencio. Lo que ahí acontece no es simplemente una muerte injusta, sino el misterio de la redención humana. Ante el misterio, las únicas actitudes posibles son la fe y el silencio agradecido.

Pidamos a María por los religiosos, especialmente por los de vida contemplativa, para que al vivir con plenitud la vocación a la que han sido llamados, nos muestren a todos los bautizados el modo de ser partícipes de los misterios de nuestra fe.